

un callejón que desembocaba en el río á cuatro hombres que iban á pie y á un jinete que llevaba á la grupa un cadáver, que arrojaron al Tíber. El 16, todos los barqueros de Roma registraron el río, extrayendo del fondo de sus aguas al duque de Gandía, que llevaba debajo del cinturón sus guantes y treinta ducados, mostrando nueve puñaladas en el cuello, en el pecho y en los brazos. Condújose el cadáver, para lavarlo, á Santángelo, y luego, á la luz de las antorchas, á Santa María del Popolo. El rumor público señaló inmediatamente al asesino, de quien escribió el embajador de Florencia: «Es un gran *maestro*.» El orador veneciano Polo Capello dijo: «César es el que ha mandado asesinar á su hermano y arrojarle al Tíber.» Durante tres días permaneció el papa en su cuarto llorando y negándose á tomar alimento. «No obstante—escribe Burchard—comprendiendo que un dolor harto prolongado sería peligrosísimo para su persona, puso término á su duelo.» En el Sacro Colegio exclamó: «Si hubiera tenido siete papados, los habría dado por la vida de mi hijo.» Después envió al asesino como delegado á la coronación de Federico, último rey aragonés de Nápoles. Al regreso de César, en presencia del Consistorio, abrazó á su hijo y bajó del trono sin decirle una palabra.

Por aquel entonces anunció á cardenales y embajadores su proyecto de reformar la Iglesia, «sin hacer caso de su propia vida». Escribió al rey de España que se hallaba dispuesto á abdicar. ¡Veledades de un día, á las cuales no le dejaba ser fiel su naturaleza, formada de orgullo é inconstancia! Hasta el fin, la fatalidad del nepotismo esclavizábale á César, cuyo reinado oculto empezaba. En lo sucesivo, Alejandro VI no sería más que el instrumento de una ambición formidable, que le inspiraba admiración y terror. Aquel papa extraño tuvo accesos de grandeza de alma, pero siempre le faltó el tiempo ó la libertad para llevar á cabo una acción generosa.

SAVONAROLA Y FLORENCIA.—Entonces surgió de Florencia el grito de conciencia cristiana. Un fraile dominico, orador patético, de alma muy elevada, pero de mediocre mentalidad, había llegado á ser por el apos-

tolado el dueño de la República restaurada después de la caída de Pedro de Médicis. Savonarola odiaba al Renacimiento: como ofrenda al ascetismo mandó quemar en la plaza de la Señoría un montón de obras de arte, libros, muebles preciosos, preseas de mujer. Siendo extraordinariamente bulliciosa la demagogia de la ciudad, se propuso purificar á aquel pueblo amable que tan ingeniosamente jugaba con las cosas sagradas. Seguíanle las masas, atraídas por sus ardientes predicaciones de Adviento y de Cuaresma, en las cuales profetizaba sin cesar el juicio de Dios: los bárbaros, guiados por un nuevo Ciro, pasarían los Alpes; caerían del cielo lluvias de espadas y cuchillos; los tiranos de Italia serían cautivos con anillas de hierro en la nariz, «como fieras del circo»; pestes, hambres y guerras asolarían las ciudades; todos los santos de la Península se lanzarían del cielo sobre las urbes para castigarlas, se trastornaría el firmamento y se enojaría Dios: todas aquellas aterradoras imágenes, justificadas en parte por la invasión francesa, conmovieron el frívolo corazón de Florencia. El dominico no perdonaba á nadie, fustigando á mujeres, mozos, usureros, canónigos, clérigos, al papa Alejandro y á la Iglesia entera. En 1497 escribió á los príncipes de Europa: «Os juro que ese hombre no es papa: afirmo que no es cristiano y que no cree en Dios.» La plebe, los devotos y los *piagnoni* ó *llorones*, eran sus incondicionales, como los secuaces de los Médicis, los republicanos del antiguo régimen municipal (*arrabiati*) y la Orden Tercera de San Francisco eran sus adversarios más irreductibles. Durante algunos años pudo dominar en los consejos de la Señoría y repartir las magistraturas entre sus partidarios. También logró imponer á Florencia cuaresmas y temporas regulares. Había formado una milicia de adolescentes que entraban en las casas para vigilar la observancia del Decálogo y de los mandamientos de la Iglesia. Proclamó á Jesucristo rey y señor de Florencia.

Los pobres lloraban cuando predicaba contra los ricos, á quienes acusaba de «cobrar el salario del pueblo, las rentas y los impuestos», mientras que los indigentes «se morían de hambre». En su opinión, era pe-

cado mortal conservar lo superfluo, es decir, robar los bienes de los pobres. El 5 de Febrero de 1495 logró que el Gran Consejo decretara la reforma del impuesto territorial con el gravamen de un 10 por 100 de la renta. Según Guicciardini, en seguida se hizo progresivo el impuesto, que en ocasiones se cobró hasta dos y tres veces al año. Por 300 ducados de renta se pagaba íntegramente ésta, y por 600 se abonaba el duplo de la misma.

Savonarola consiguió después que se perdonasen las deudas á los deudores atrasados. El mismo año fundó un banco de préstamos casi gratuitos, y mandó desterrar, en el plazo de un año, á todos los prestamistas y cambistas judíos, cuya usura deducía el treinta y dos y medio por ciento del dinero prestado.

Evidentemente, no podía durar aquel régimen. Alejandro VI, encolerizado por la constante amenaza de convocar un con-



Savonarola

cilio, lanzada por el fraile, le declaró hereje. Savonarola solicitó la prueba del fuego, en pugna con un franciscano. Había de atravesar con el Santísimo Sacramento en la mano un estrecho sendero abierto en una hoguera encendida. Recientes documentos han demostrado, contra la opinión suscrita durante mucho tiempo, que el papa, temiendo un milagro, se esforzó por impedir la prueba. Un formidable chaparrón inundó el brasero, que no se pudo encender. Aquel día se decretó la perdición de Savonarola. Reuniéronse todos los adversarios para sitiarse en la iglesia de San Marcos, de donde le sacó un violento motín. En seguida se le sometió á un sumarísimo proceso eclesiástico, presidido por el legado pontificio, y se le aplicó el tormento. Savonarola y dos de sus hermanos

fueron condenados á la horca, colocada sobre un brasero. Al degradarle de la dignidad sacerdotal, el obispo olvidó la fórmula litúrgica y dijo: «Te separo de la Iglesia militante y de la Iglesia triunfante.» Algunos días después llegaba á Florencia un correo con una carta del rey de Francia en la cual suplicaba á la Señoría que indultase al profeta (23 Mayo 1498).

CÉSAR BORGIA, DÉSPOTA DE ITALIA.—«El

Papa—escribía un embajador—tiene setenta años y cada día está más joven: sus preocupaciones no duran más de una noche. Es de temperamento alegre y hace cuanto se le antoja. Su único deseo es ver muy poderosos á sus hijos.» Á veces, cuando recibía malas nuevas, salía de Roma á caballo, á media noche, aunque lloviera, y se marchaba á cazar dos días á Roca di Papa, y á su regreso, según la frase de Giustinian, habíase «dejado allí la melanco-

lia». «Plácele—dice el mismo escritor—ver bailar á las jóvenes que acuden á todas sus fiestas.» Nada diremos de la famosa orgía del 31 de Octubre de 1501, descrita minuciosamente por Burchard y confirmada por otros tres testimonios independientes entre sí. Apenas entraba en una ciudad, los magistrados debían ofrecerle, debajo de las ventanas del palacio público, un baile de muchachas. Aquella alma vehemente, esclava de la pasión del momento, sólo fué constante en su ternura por César (mezclada con el terror), y en su ambición para ofrecerle como patrimonio toda la Península y «hacer de Italia un solo bocado», como escribía Giustinian á la Señoría de Venecia. Mentía descaradamente; pero era tan torpe para dominar sus impulsos, y su humor, y

su lenguaje, que la verdad se adivinaba en su cara y á través de sus palabras. César, taciturno, impenetrable, siempre enmascarado, ocultándose á todos, seguido siempre de su asesino de confianza, Micheletto, solía sufrir accesos de rabia furiosa. Un día apuñaló á un favorito de Alejandro en los brazos de éste. «La sangre salpicó la cara del papa.»

César fué realmente el gran tirano del Renacimiento, terrible y seductor, «regio y pródigo, lo cual desagradaba al papa», dice Capello, de encantador aspecto, con su rizada cabellera admirada por todas las mujeres de Roma. El padre y el hijo se propusieron apoderarse, no ya de la hegemonía política de Italia, sino del mayor número posible de provincias, conquistadas ó entregadas por traición. Para lograrlo, utilizaron todos los medios: el influjo y las tropas de Francia, la intervención extranjera, la excomunión, y sobre todo, el exterminio. Casado con una princesa francesa (Carlota de Albret, hija del rey de Navarra), duque de Valentinois, «César de Francia» por edicto real, el hijo del pontífice comenzó por asegurarse los feudos de los vasallos de la Santa Sede, las Romañas (exceptuando Bolonia, fiel á los Bentivogli) y la línea de fortalezas que dominaban desde Imola hasta Rímini el valle del Po, Ferrara, Mantua y la tierra firme de Venecia. Ludovico el Moro, expulsado de Milán y después restaurado momentáneamente, cayó el 10 de Abril de 1500 en poder de Luis XII. Desde entonces César no podía contar con la Lombardía. Á partir de 1501, Francia y España ocuparon las Dos Sicilias, donde no cabía un tercer usurpador.

De esta suerte, los Borgia vieron limitadas sus codicias; pero todavía pudo César devorar todos los Estados que se interponían entre el reino eclesiástico y su ducado de Romaña. Más tarde arrebató Urbino á los Montefeltri, Perugia á los Baglioni y Sena á los Petrucci; también se apoderó de Piombino en la frontera toscana, y sublevó contra Florencia á Arezzo, Cortona y Pisa. Previendo el próximo fin de los de Aragón, había roto el vínculo familiar que unía á los Borgia con aquella dinastía. Su hermana Lucrecia había casado en 1498 con el joven Alfon-

so, duque de Bisceglia, hijo natural del rey de las Dos Sicilias. Una noche de verano del año 1500, en medio de las fiestas del jubileo, César hizo que unos espadachines hirieran gravemente á su cuñado en las gradas de San Pedro. Un mes después entró acompañado de Micheletto en el cuarto que ocupaba Alfonso en las habitaciones pontificias: lanzó fuera de la cámara á Lucrecia y á Doña Sancha, hermana del herido, y en su presencia, Micheletto estranguló al joven príncipe. Alejandro VI no se atrevió á tributar los fúnebres honores debidos á su yerno, cuyo cadáver fué sepultado aquella noche, sin oraciones ni asistencia del clero, en la cripta de San Pedro. El pesar de Lucrecia fué intenso, pero breve. Según la frase de un contemporáneo, «tenía un carácter siempre alegre y sereno». Presto contrajo terceras—y últimas—nupcias con Alfonso de Este, presunto heredero del duque de Ferrara, deudo de Francia. El 6 de Febrero de 1502, Lucrecia salió de Roma para no volver á ella.

Angustiosa era la situación de los Estados libres que persistían en Italia. Maquiavelo, entonces embajador en Francia, decía á fines de 1501 al cardenal de Amboise: «Los franceses no conocen la política, cuando dejan engrandecerse tanto á la Iglesia.» Los Borgia no ocultaban su ambición de esclavizar toda la Italia Central. Á este propósito, unas veces solicitaban el concurso de Francia, cuyo condotiero fué momentáneamente César, y otras el de España. Alejandro VI había entregado á Luis XII y á Fernando el Católico las Dos Sicilias, suponiendo que la inevitable contienda entre ambos partícipes le permitiría apoderarse de algunas parcelas del territorio napolitano. Á la par volvíase contra las dos grandes familias feudales de Orsini y Colonna, quebrantando así la tradicional base de la Santa Sede, que siempre se había sostenido mediante el apoyo de una ú otra.

Por donde pasaba César, quedaba abolido todo derecho de gentes. Saqueó la biblioteca de los Montefeltri, é hizo estrangular y arrojar á una cisterna al señor de Camerino, cuyos hijos pequeños fueron degollados en la *Cattolica*. El joven Astore Manfredi y su her-

mano, que se habían defendido heroicamente en Faenza, se rindieron al de Valentinois, engañados por sus promesas. César mandó que se les recluyera en Santángelo y luego que les arrojasen al Tíber, con una piedra al cuello. Durante el verano de 1502, los Orsini, algunos señores despojados y varios capitanes de César, se conjuraron contra éste, y á la cabeza de 10.000 hombres emprendieron una guerra de independencia. Cediendo á los consejos de Luis XII, parecieron reconciliarse con el duque, que tramó en Sinigaglia una emboscada contra los jefes de la conspiración, que fueron presos en el palacio de la ciudad, donde les había citado para celebrar una conferencia secreta. Oliverotto, tirano de Fano, y Vitellozzo Vi-

telli, murieron estrangulados cuando se lavaban sentados de espaldas uno á otro. Oliverotto lloraba y Vitelli pedía la absolución del Padre Santo. Los conspiradores que pudieron evadirse perecieron á manos de Micheletto en Castel della Pieve.

Al mismo tiempo, Alejandro secuestró en el mismo Vaticano á Juan Bautista Orsini y á los dignatarios eclesiásticos de su familia, apoderándose de todo el mobiliario del cardenal. «Se han llevado hasta la paja de las cuadras», escribía Giustinian. La madre de Orsini fué expulsada del palacio con sus criadas. «Las infelices—dice el orador de Venecia—andan errantes por Roma, donde nadie quiere recogerlas, porque todos tienen miedo.» El cardenal murió envenenado con el tóxico lento, *venenum atterminatum*. Bur-

chard escribe: «*Calicem biberat.*» Después, el papa, en un breve, mandó á su hijo que procediera sin misericordia contra el resto de la familia, «no perdonando á las mujeres ni á los niños». También díjole á Giustinian: «Embajador: nuestras manos están teñidas en sangre de los Orsini: el duque ha cortado la cabeza á Pablo y á los demás que sabéis; hemos llegado á tal extremo con ellos, y tenemos que preservarnos de todos, para que

no nos hagan daño.» Así mataba, no sólo para librarse de sus enemigos, sino para enriquecerse. Despojaba febrilmente á vivos y muertos. Impuso á los cardenales y clérigos una contribución del 10 por 100 de sus rentas. Un subdiácono sacristán pagaba cuatro ducados. Únicamente no

abonaba nada el cardenal Corner, «que no tenía rentas». El cardenal de Módena fué envenenado por su favorito Sebastián Pinzón, á quien el papa, heredero del muerto, recompensó *in premium sanguinis*. Aun no estaba yerto el cadáver del cardenal veneciano Michiel, también envenenado, cuando el papa «se encerraba en su cuarto para contar el dinero encontrado en sus cajas», 23.632 ducados, que enseñó al mismo embajador de Venecia. Luego se presentó en Porto, «no para divertirse, sino para apoderarse de lo que pertenecía al reverendísimo cardenal, y sobre todo de sus terneras y de sus búfalos». La expedición fué fructuosa, y regresó á Roma «con muy buena cara». Á los pocos meses le tocó morir al cardenal de Monreale, un Borgia, «que des-



Preparativos para el suplicio de Savonarola. (Tabla del convento de San Marcos de Venecia)

pués de haberle engordado bien, fué despatchado por el camino que habían seguido los demás; de ello se acusa particularmente al duque.»

Entretanto los soldados del de Valentinois, acampados en Roma, despojaban á la gente en medio de la calle. Por las noches librábanse sangrientas peleas entre cesarianos y romanos. Fuera de la Ciudad Eterna quemaban vivos á los labriegos para arrancarles el secreto de sus tesoros. «En San Quirico—dice Burchard—no encontraron más que á dos viejos y á nueve ancianas, á quienes colgaron de un brazo, con los pies sobre un brasero.» Por decir una palabra imprudente, cortaban á cualquiera la lengua y una mano. Los agentes más adictos á César, como Remolines, su teniente en Romaña, perecían estrangulados y ahorcados, y á Micheletto aguardaba la misma suerte. Asustado de su terrorífica obra, y obligado á decidirse en breve plazo por Francia ó España, que se batían en sus fronteras, el pontífice invocó tan insistente como inútilmente la amistad de Venecia. «Ya no sabe—dice Giustinian—dónde reclinar la cabeza.» La muerte le libró de tamaña inquietud. Una noche de Agosto cenó al aire libre con César y varios purpurados en la viña del cardenal Adriano. Á los pocos días, todos los comensales fueron atacados por la calentura romana y por vómitos. El papa estaba herido de muerte. El 18 tuvo delirio y vió al diablo, bajo la forma de un mono, gesticular en torno de su lecho. Apenas había exhalado el último suspiro, cuando César, enfermo también, se arrastraba hasta el cuarto de su padre, y puñal en mano amenazaba al cardenal Casanova con arrojarle por la ventana si no le entregaba las llaves de la caja pontificia. Aquella noche el cadáver del pontífice permaneció tendido sobre una mesa, sin anillo pastoral en el dedo, entre dos blandones, *et nemo cum eo*. Los cardenales no acudieron á saludar al tirano finado. En San Pedro los funerales fueron precipitados y horribles. Seis mozos de cuerda embutieron, riéndose, al papa difunto en un ataúd «demasiado corto y angosto». Después de quitarle la mitra, cubrieron el féretro con una alfombra vieja. Mientras tanto, batían-

se en la basilica los suizos del palacio y los del clero, armados con alabardas y candelabros.

JULIO II (1503-1513).—El de Valentinois, que vivía en el Vaticano con sus cardenales españoles, mandó disparar cañonazos desde lo alto de Santángelo contra el convento de la Minerva, donde la mayoría del Sacro Colegio, fortificada contra el motín, se había reunido en conclave. Los Colonna y los Orsini volvían á Roma, resucitando las antiguas luchas del partido de España contra el de Francia. Durante veinte días, César resistió á las súplicas del Sacro Colegio y á los halagos de Giustinian, á quien recibía reclinado en una otomana, «fingiendo estar más enfermo de lo que en realidad se encontraba». Por fin se retiró á su ducado de Romaña, adonde volvían ya los antiguos señores.

El conclave eligió papa al cardenal Piccolomini, que tomó el nombre de Pío III. Su pontificado duró sólo tres semanas, invertidas en engañar á César con falsas protestas de amistad. El duque regresó á Roma, donde vendió á Julián de la Rovere los votos españoles para el nuevo conclave. Pero Julio II, enemigo mortal de su casa, también le hizo traición. César fué preso en Ostia y conducido á Nápoles, desde cuyo puerto Gonzalo de Córdoba le envió á España. Allí se le recluyó en una fortaleza, de la cual logró evadirse, refugiándose, después de mil aventuras, en la corte de su cuñado el rey de Navarra (que entonces guerreaba con Francia). César pereció obscuramente en una excursión nocturna, en el fondo de un barranco, junto á los muros de Viana.

Italia y la Iglesia cayeron en manos de un papa de alma heroica y violenta, cuyos odios fueron implacables; de un batallador pontífice de casco y coraza, que encendió la guerra desde el Norte al Sur de la Península. La historia de Julio II hállase formada casi íntegramente por los acontecimientos militares que siguieron á la Liga de Cambrai (1509). Más adelante le encontraremos de nuevo. Durante los primeros años de su reinado se dedicó á restablecer el orden en sus Estados, á reconstituir el reino eclesiástico, á despojar á los Borgia de los castillos

y ciudades que habían quitado á la Iglesia. Aseguró á su familia la sucesión en el ducado de Urbino, quitó á los Baglioni la ciudad de Perugia, donde entró casi sin escolta, y se apoderó de Bolonia, que pertenecía á los Bentivogli, y la cual anexionó definitivamente en 1513 á las posesiones de la Iglesia. Hombre de un orgullo inflexible en medio de los mayores reveses de la fortuna, encargó á Miguel Ángel su estatua para Bolonia y su sepulcro para Roma. Á Bramante le confió el plano del nuevo San Pedro. Según la tradición, anatematizó contra la simonía en la elección de sus sucesores. Pudo creer, al morir, que estaba terminada su obra, y que su sucesor en el solio pontificio sería para siempre «dueño y señor del mundo».

ESTADO INTERIOR DE FLORENCIA.—Después de la expulsión de los Médicis, Florencia no supo constituir una república viable. Apaciguada la fiebre de los tiempos de Savonarola, habíase visto atacada incesantemente en sus fronteras por las incursiones del duque de Valentinois, y perturbada en su interior por las turbulencias del partido de los Médicis y de los ciudadanos ricos que ambicionaban el principado. Además se agotó con el prolongado esfuerzo que hizo para recuperar á Pisa, libertada por Carlos VIII. El sitio, llevado á cabo sin un plan fijo, duró catorce años, siendo dirigido un momento por Leonardo de Vinci. Cuando Pisa se rindió en 1509, Florencia estaba arruinada. Sus mediocres hombres de Estado no tenían más que una preocupación: llenar las arcas vacías de la República. Quiebra parcial del Monte de Piedad, reducción ó suspensión de los intereses de la deuda municipal, un absurdo proyecto de amortización en seis años: he aquí los medios propuestos para reconstruir la fortuna pública.

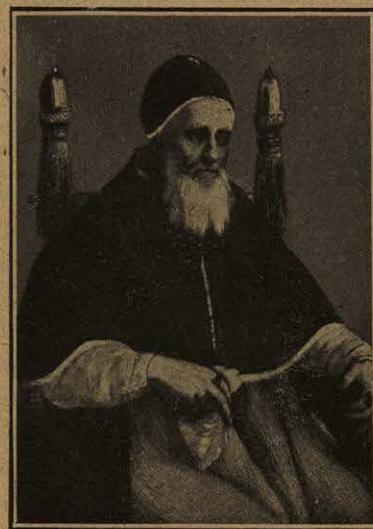
«El desorden reinaba en las grandes asambleas—dice Guicciardini—, cuyas deli-

beraciones eran largas y monótonas; se divulgaban los secretos de Estado, y la más impenetrable confusión obstruía la dirección y el movimiento de los negocios italianos. La adversidad nos sorprendía de improviso y nos faltaban hombres en quienes depositar su confianza, pues los príncipes extranjeros no eran nuestros amigos ni nuestros aliados. La hacienda, diseminada en numerosas manos, repartida entre administradores negligentes, se disipaba antes de ser recaudada.»

Y el historiador acaba así su cuadro: «Los ciudadanos ilustrados se alejaban de los negocios públicos; el Estado se hallaba á merced de vulgares ambiciosos y aventureros; el desenfreno, la incuria y la arbitrariedad viciaban todos los cargos; Florencia se veía deshonrada, despreciada por sus súbditos, y sospechosa para los príncipes italianos.»

Intentóse una reforma constitucional, y sin prescindir del Gran Consejo ni de la Señoría, se nombró gonfalonero vitalicio á Pedro Soderini, que reconstituyó algo el Tesoro. Maquiavelo fué su secretario de Estado. Con aquella innovación, Florencia se inclinaba de nuevo al principado. No obstante sus buenas intenciones, Soderini se vió obligado á recargar los impuestos. Los amigos de los Médicis, los españoles y la juventud rica derribaron fácilmente al gonfalonero. Los españoles, para asegurar la restauración de los Médicis, degollaron á los habitantes de Prato. En 1.º de Septiembre de 1512 desapareció la república florentina.

LEÓN X (1513-1521).—El cardenal-diácono Juan, hijo de Lorenzo el Magnífico, fué elegido papa á la edad de treinta y ocho años; en tres días le consagraron sacerdote y obispo. El 11 de Abril de 1513, León X atravesó Roma á caballo dirigiéndose á San Juan de Letrán, donde encontró el tesoro acumulado por Julio II, que se apresuró á



Julio II, por Rafael

gastar en fiestas. Era un príncipe ilustrado y benévolo, arzobispo de Aix á los ochos años de edad, cardenal á los trece, discípulo de Poliziano, de Bibbiena, de Marsilio Ficino y de Pico de la Mirandola, aficionado á las artes y á la poesía, al derecho romano y á la caza. Era doctor en teología de la Universidad de Pisa y había viajado por Europa. En 1518, Rafael lo pintó vestido de púrpura y armiño, sentado á su mesa y examinando con una lupa las miniaturas de un misal: en su rostro, amplio y de color sano, reflejábanse la bondad y la sensualidad; su boca, de labios salientes y apretados, delataba al gastrónomo y al hombre de ingenio; su mirada era viril y cariñosa.

Apenas elegido papa, se precipitó en todos los excesos del nepotismo. «Pensemos en gozar y en favorecer á la familia», decía á su hermano Julián. Codiciaba para los suyos el Milanesado y Nápoles, y pensó en crear para su sobrino Lorenzo un reino de Toscana, y para Julián un principado con Módena, Reggio, Parma y Piacenza. Hasta llegó á soñar con la corona imperial para un Médicis. Todos estos proyectos, perseguidos con los recursos de una política alocada, caprichosa y trapacera, costaron á Italia peligrosas complicaciones y á León X decepciones muy crueles. Una mañana, el embajador de Venecia tuvo la satisfacción de anunciarle la derrota de Marignan. El papa, medio vestido, preguntó tembloroso: «¿Qué será de nosotros, señor embajador?» «No le ocurrirá nada á Vuestra Santidad. ¿El rey cristianísimo no es el hijo primogénito de la Iglesia?» León X se vió obligado á ir á Bolonia, donde fácilmente se atrajo á su vencedor. La Iglesia de Francia pagó con su autonomía las costas de la reconciliación. El Papa devolvió al rey Parma y Piacenza, y al duque de Ferrara Módena y Reggio, reservándose despojar al de Urbino en beneficio de su sobrino.

Renunciando desde entonces á la política belicosa, no pensó más que en reinar en sus Estados, y por medio de su familia, en Toscana. Una conspiración de los tres cardenales Petrucci, Riazo y Sauli, le dió ocasión para aterrorizar al Sacro Colegio. Petrucci murió estrangulado en su prisión, y Sauli y

Riazo, después de pagar rescate, fueron desterrados. León X vendió de una vez treinta y un capelos. Dueño entonces de Roma y de la Iglesia, pudo ser el patrono pacífico del Renacimiento, enriquecer á Rafael, edificar San Pedro y sostener en el Vaticano comediantes y bailarinas de *danzas moriscas*. El cardenal Bibbiena era el organizador de las fiestas pontificias. Carreras de caballos y de búfalos, comedias de Plauto y Maquiavelo, bufonadas de todo género—por ejemplo, frailes manteados ú obligados á comer monos ó cuervos—, diabluras con música: he aquí las diversiones de León X.

Aquel alegre pontificado perdió á la Iglesia. Ninguno de los rumores revolucionarios, surgidos de la cristiandad alemana, llegaba á oídos del papa. En 1515, el caballero Ulrico de Hutten publicó en Venecia, mediante privilegio pontificio, los *Litteræ obscurorum virorum*, libelo tan violento contra los eclesiásticos como lo fueron más tarde las *Conversaciones de sobremesa*, de Lutero. En 1517, un mes después de la publicación de las tesis de Lutero, León X mandó á los dominicos de Alemania que le enviaran, con cargo á la caja de las indulgencias, 142 ducados de oro para pagar un manuscrito del libro XXXIII de Tito Livio. En 1519, Lutero escribió al papa una carta en que aun reconocía la *autoridad de la Iglesia como superior á toda autoridad en la tierra y en el cielo*; y en 1520, una nueva carta, pero amenazadora, y parecida á los sermones de Savonarola sobre la corrupción de Babilonia, y en la cual se comparaba al papa con Ezequiel, rodeado de escorpiones. «La Iglesia de Roma es más impía que los mismos turcos», decía Lutero. Á León X placíale la hermosa vehemencia del texto latino del reformador, y exclamaba: «Este fray Martín tiene talento.»

No obstante, en Julio de 1520, fulminó la bula *Exurge*, á la cual contestó Lutero con sus libelos sobre la *Misa* y la *Bula del Antecristo*. El 10 de Diciembre fray Martín quemó en Wittemberg la bula pontificia. Estaba fundado el protestantismo.

León X, desdeñando los consejos de Maquiavelo, se alió más íntimamente con el Imperio y abdicó la misión tradicional de la

Santa Sede en la política general de Occidente. Desalentado después de la muerte de Rafael, no hizo más que pescar con red en Viterbo, con caña en el lago Bolseno y cazar ciervos en las colinas de Cornelo. En el otoño de 1521 se retiró á la Magliana, cerca de Ostia, con una pequeña corte de humanistas y músicos. «Es un buen hombre que sabe vivir», decían los aldeanos de la región, á quienes solía dar alguna moneda. En la noche del 26 de Noviembre, un correo le llevó la noticia de la derrota de Lautrec por los imperiales. Hasta hora muy avanzada estuvo paseando por su despacho, y al día siguiente regresó á Roma, dando muestras de cansancio. Sintióse atacado repentinamente por un mal misterioso, dijo á sus servidores: «Rezad por mí para que todavía os pueda hacer algún favor.» No hubo tiempo para administrarle la extremaunción. Los médicos sospecharon que había muerto envenenado. Según París de Grassis, dos horas después del fallecimiento el cadáver estaba negro. Algunos días antes,



León X, por Rafael

un fraile había avisado al papa que uno de sus familiares impregnaría con un mortífero tóxico la ropa pontificia. Muerto León X, el pueblo romano, los literatos y la gente de Iglesia, insultaron su memoria, diciendo: «Fuiste astuto como un zorro, reinaste como un león, y has muerto como un perro.»

CLEMENTE VII. EL SACO DE ROMA.—Á León X sucedió en el solio pontificio un austero sacerdote flamenco, cardenal de Tortosa y antiguo preceptor de Carlos V. Adriano VI llegó de Utrecht sin más servidumbre que una anciana doméstica. Se propuso ingenuamente purificar la Iglesia, restituyó al duque de Ferrara sus dominios, y los de Urbino á Francisco de la Rovere. Quiso acabar con la simonía, suprimió la supervivencia de los beneficios, protegió las humanidades y defendió á Erasmo contra el furor de los escolásticos. Pero la empresa era demasiado

ardua, y al fin Adriano comprendió su impotencia. La Iglesia, á pesar suyo, veíase cada vez más comprometida en el torbellino de las guerras de Italia. El pontífice murió desalentado, después de saber la toma de Rodas por los turcos. Sobre su sepulcro se grabó esta frase que solía pronunciar: «Hay tiempos en que ha de sucumbir el mejor de los hombres.» Su sucesor, Clemente VII, de la familia de los Médicis y sobrino de León X, no había de ser más afortunado. Este papa, honrado, tímido y económico, dedicado al estudio de la teología y de la mecánica; intelectual, pero incapaz de miras elevadas, irresoluto y torpe, desprovisto de sangre fría en los momentos difíciles, debía asistir á la catástrofe más grave sufrida por la Santa Sede desde las guerras de las Investiduras. En 1523 escribía el veneciano Negro: «Este reino se mantiene sobre la punta de una aguja. Quiera Dios que no nos expulsen pronto de Aviñón. Presiento la caída de la monarquía espiritual.» Clemente VII, asustado ante la extensión de

terreno ocupado por Carlos V en Italia al día siguiente de la batalla de Pavía, empezó á preparar atolondradamente una Santa Liga con Venecia, Pescara, un general del emperador y los Estados libres de la Península. Además contaba con los suizos, con la Sublime Puerta, con los subsidios de Francia y hasta con Enrique VII. Desde el primer día la empresa ofreció muy mal aspecto.

Pescara denunció á Carlos V el plan de los conjurados. Francisco I, evadido de su prisión, no cumplió sus promesas. Acudió muy escaso número de suizos, y Florencia negó el dinero ofrecido. Venecia envió al general duque de Urbino, un traidor cuya táctica consistía en alejarse incesantemente del enemigo para vencer «sin desenvainar la espada». El emperador, dueño de Italia por Milán y Nápoles, y de Roma por los Colonna, amigo del duque de Ferrara, disponía de un

formidable ejército, acaudillado por el luterano Frundsberg, Du Guast, Antonio de Leyva, Felipe de Orange y Fernando Gonzaga, é integrado por alemanes á quienes el odio religioso empujaba contra Roma, por españoles ávidos de pillaje y por aventureros franceses é italianos, á las órdenes del gran condotiero Carlos, condestable de Francia y duque de Borbón.

En la historia general de las guerras de Italia destácase singularmente este episodio, verdadero acto de bandolerismo. No se trata ya del conflicto entre el rey cristianísimo y el emperador, sino de una invasión de bárbaros lanzada por el emperador contra Roma. En tal empresa se hizo caso omiso de las normas diplomáticas y de los principios del derecho de gentes. Después de haber asolado Milán, Borbón y los españoles reunieron el 9 de Febrero de 1527, con los 13.000 lansquenets de Frundsberg. El condestable, á la cabeza de 30.000 hombres, avanzó hasta los muros de Bolonia. Durante más de un mes, molestados por las lluvias de invierno, con los pies en el lodo, los imperiales aguardaron el resultado de las negociaciones incoherentes del papa: un primer tratado con el emperador, roto inmediatamente por el pontífice, una brusca aproximación á Francisco I, y luego, el 15 de Marzo, un nuevo tratado con Carlos V, en virtud del cual se disolvía la Liga, y los imperiales se retiraban allende los Alpes. Pero las huestes del condestable se negaron á retroceder, pues querían saquear á Florencia y Roma. Entonces estalló un motín en el campamento, y los capitanes dijeron á Borbón: «Queremos ir á Roma»; el caudillo contestó: «Iré con vosotros.» El 20 de Marzo avanzaron á través de Romaña, arrasando cuanto encontraban á su paso, y después, subiendo el Apenino, marcharon contra Florencia. En vano enviaron el papa y los florentinos todo el dinero que pudieron encontrar. Borbón era impotente para dominar á sus tropas. Viéndose perdido si no salía pronto de Toscana, tomó el camino de Sena, y abandonando cañones y bagajes aceleró su marcha hacia Roma. La infantería, adelantándose á la caballería, andaba veinte millas al día. Al cruzar el Paglia, más cau-

daloso por el derretimiento de las nieves, los infantes, cogidos de los brazos, atravesaron la corriente del río, con el agua hasta la boca, ahogándose los más bajos. Incendiaron á Montefiascone y Ronciglione, y el 5 de Mayo acamparon en Monte Mario, frente al Vaticano.

El papa no supo hasta el 2 de Mayo que se acercaba la invasión. Apenas contaba con algunos mercenarios de las *Compañías negras* de Juan de Médicis (muerto en Noviembre, cerca de Mantua), con 600 caballos y un puñado de suizos; en conjunto, menos de 3.000 hombres. Tampoco disponía de dinero. El embajador de Enrique VIII le mandó mil escudos. El pontífice empeñó sus alhajas, y el 3 de Mayo vendió cinco capelos. El 4 y el 6 el general Renzo de Ceri armó á los cortesanos y á los palafreneros de los cardenales. Benvenuto Cellini reclutó en las tabernas á cincuenta voluntarios. Mientras que los imperiales acampaban en la parte posterior del Janículo, se guarnecieron las murallas. Clemente VII reunió á sus capitanes y les prometió la victoria sobre aquellos herejes, á quienes castigaría Dios.

Al amanecer del 6 de Mayo, Borbón marchó á caballo hacia el Borgo, á la altura de San Spirito. Favorecido por la niebla, trepó, con la ayuda de una escala, hasta la cima del muro, cayendo herido de un balazo de arcabuz entre los brazos de los españoles. Parece que Cellini fué quien disparó. Conducido á una capilla, el condestable murió gritando: «¡Á Roma!» Los españoles, penetrando en una casa que, enclavada en la muralla, tenía entrada por la vía pública, habían invadido ya el Borgo, y corrían hacia San Pedro, matando á cuantos encontraban. El papa apenas tuvo tiempo de huir á Santángelo por la galería que une á la fortaleza con el Vaticano. Más de 3.000 personas se aglomeraban en los patios del castillo, cuyos puentes se habían levantado. El arzobispo de Capua y el embajador de Francia subieron dentro de una cesta que colgaba de una cuerda. Cuatro mil romanos fueron destrozados por las alabardas entre San Pedro y el Trastevere. Al atardecer, el príncipe de Orange entró, á los redobles del tambor, por las puertas del Janículo, atra-

vesó el puente Sixto y acampó en la plaza Navona.

Al día siguiente empezó el saco de Roma. No se perdonó asilo alguno, ni las basílicas, ni las casas de los extranjeros, ni los palacios de los cardenales del partido imperial, ni los conventos más venerados. Los españoles mataban con feroz saña, hasta cansarse de tanta carnicería. Sitiaban las casas al son de los pífanos y pasaban á cuchillo á sus habitantes. Los alemanes se reservaban el sacrilegio y arrojaban al arroyo las hostias consagradas y las reliquias. Hubo madres que mataron á sus hijas para salvarlas de la deshonra, y los conventos de monjas fueron invadidos. Los alemanes andaban por Roma con la mitra en la cabeza y con la capa pluvial sobre los hombros, cabalgando en las mulas del papa. Celebraron en el Vaticano un conclave bufo, en cuya asamblea depusieron á Clemente VII y profanaron la tumba de Julio II. Saciados los primeros impulsos de su furor, pensaron en enriquecerse. Para arrancar á los romanos hasta la última moneda, les achicharraban las piernas, les



Juan Galeas Sforza

rompían los dientes y les cortaban las orejas, que después asaban y hacían comer á las víctimas. Como consecuencia de la matanza y del pillaje, vinieron el hambre y la peste. Hubo que comer perros y ratas, y el papa y sus compañeros no tuvieron más alimento que las hierbas cogidas en los fosos de su prisión. Los cadáveres infectaban las calles, abrasadas por el sol estival.

El cautiverio de Clemente VII se prolongó hasta Diciembre. Las tropas restantes del ejército de la Liga, mandadas por el duque de Urbino, no osaron arriesgarse más allá de Perusa para intentar la liberación del papa. En el mes de Junio, el cardenal Colonna se dignó invitar á los imperiales para que entablasen negociaciones. Clemente VII tuvo que entregar sus mejores ciudades, como Piacenza, Parma y Módena, y prometer un rescate de 400.000 ducados. Los ale-

manes y los españoles se instalaron en Santángelo, donde el papa permaneció todavía cerca de seis meses, por carecer de dinero para el rescate. Por fin el emperador indultó al pontífice, que en la noche del 9 de Diciembre, disfrazado de pinche de cocina y con una cesta de provisiones en el brazo, se deslizó fuera del castillo y salió de Roma por los jardines del Vaticano, montando á caballo y corriendo á Orvieto, donde acabó de reconciliarse con Carlos V.

El año 1529, en la catedral de Bolonia, Clemente VII ciñó la frente de su vencedor con las dos coronas de Italia y de Alemania.

El sacerdocio, humillado, consagró al Imperio triunfante. Al mismo tiempo, el duque de Saboya, el marqués de Montferrato, el de Mantua, convertido en duque, y el duque de Ferrara, durante tanto tiempo aliado de Francia, reconocieron como soberano al emperador. Venecia restituyó á Rávena y Cervia al papa, que tributó pleito homenaje al Imperio por Módena y Reggio. Por último, Carlos V se adjudicó la próxima sucesión de Francisco Sforza en Milán.

EL SITIO DE FLORENCIA. RESTAURACIÓN DE LOS MÉDICIS.—Quedaba Florencia, que se había aprovechado de la crisis de la Santa Sede para expulsar una vez más á los Médicis. Clemente VII solicitó contra su ciudad natal el auxilio de los españoles y de los luteranos alemanes, cuya ferocidad acababa de experimentar en Roma. Florencia, desprevenida, armó á la juventud, restauró la organización militar de Maquiavelo, alistó á diez mil campesinos, llamó á Miguel Ángel como ingeniero, y nombró general á Malatesta de Baglione, condotiero famoso por su carácter implacable. Después, por una extraña rectificación moral, tornó súbito al fanatismo de los tiempos de Savonarola, proclamó rey á Cristo y ejecutó en el cadalso á los jóvenes convictos de blasfemia ó libertinaje. Invirtieron en la defensa nacional la plata de las iglesias y los bienes